

El legado de Bellow

Las «Cartas» de Saul Bellow son su mejor autobiografía. Misivas que abarcan desde 1932 a 2004 y que contienen buena parte de la historia intelectual de EE.UU.

Por Rodrigo Fresán

Recuerden –aunque seguro que nunca lo han olvidado– a Moses Herzog: hombre en permanente movimiento y despachando sin pausa cartas neuróticas y alucinadas y sabias a amigos, enemigos, colegas, ex esposas, amantes, vivos, muertos y, de paso, a ilustres desconocidos suyos como el presidente Eisenhower, Nietzsche, Heidegger, Teilhard de Chardin, el jefe de policía de Chicago y, por qué no, el mismísimo Dios.

En este monumental volumen de cartas –que se lee como autobiografía epistolar de uno de los más cripto-autobiográficos escritores de todos los tiempos–, Saul Bellow, el divino creador de Moses Herzog, se nos presenta como una suerte de Dios.

Aquí viene y allí va: lanzando mensajes a diestra y siniestra –como rayos fulminantes o bendiciones redentoras– a todos aquellos que voluntaria o involuntariamente contribuyeron a su obra y a su vida.

Sus cartas, entendidas como *no ficción*, hacen honor a sus ficciones verdaderas y –como una prueba incontestable entre muchas otras– allí y aquí está ese muy herzogiano y fantaseado encuentro del joven aprendiz con el magistral espectro de Francis Scott Fitzgerald.

Y sí, «puedo hacer muy infelices a las personas simplemente describiéndolas», amenaza Bellow (1905-2005, Premio Nobel 1976 tras haber ganado en su país y en el

extranjero todo lo que merece ser ganado), después de definirse como «una mezcla de glaciario con volcán».

El para muchos más importante autor en inglés del siglo XX –Martin Amis y Christopher Hitchens, quienes aparecen aquí cariñosamente descritos o despiadadamente desollados vivos, insisten en que *Las aventuras de Augie March* es La Gran Novela Americana y punto, sin importar que su responsable hubiese nacido en Canadá– es, también, un personaje más que digno de cualquiera de sus novelas «de ideas» pero, siempre, con nombre de protagonista MUY irreflexivo en las portadas.

Aquí –cubriendo los años que van de 1932 (y una ruptura con novia) a 2004; más de setecientas misivas ordenadas y comentadas con elegancia por Benjamin Taylor, autor de la muy admirable *El libro de la venganza*, en Mondadori– se nos narra no solo la formación de un artista (especialmente interesante resulta el modo en que Bellow, a finales de los 40, informa del hallazgo de su verdadera voz con *Augie March*), sino, además, una historia intelectual de su país y del mundo a lo largo y ancho del siglo pasado, sin dejar de lado intrigas y rencillas y peleas irreconciliables propias y ajenas.

También –por supuesto, lo saben todos sus seguidores– abundan los divorcios.

Marido cruel, padre ausente

Cabe pensar qué pensaría Saul Bellow de todo esto, de esta por momentos implacable exposición de sus secretos, de que se haya hecho con él lo que él hizo muchas veces con otros como Delmore Schwartz en *El legado de Humboldt* o Alan Bloom en *Ravelstein*. Teniendo en cuenta que poco y nada de gracia le causó su biografía, publicada por James Atlas en 2000 –donde se lo retrataba como un narcisista de cuidado, un ambicioso manipulador de su carrera y de las de otros, así como marido cruel y padre ausente–, el cuadro que pintan estas cartas no habría sido del todo de su agrado. Al menos, no lo es del nuestro. Abunda el trazado de estrategias para conseguir becas, la furia por no haberse alzado aún con este o aquel galardón, las quejas por sus pocas ventas a editores que hacen lo que pueden. Pero su escritura –que arranca opaca y autoindulgente, pero que avanza firme hacia el más encandilador de los resplandores–



PHILIP ROTH
Su prosa le recuerda a Bellow el sonido de «un verdadero martillo en un verdadero yunque»



JOHN UPDIKE
Bellow (en la otra página, el primero en una foto de juventud) lo llamó «pornógrafo»

UNA MEZCLA de glaciario con volcán: así se define Bellow en sus cartas. Abajo, el autor en los años cincuenta



ofrece, en más de un momento, su versión de varios episodios y conflictos «célebres» dentro de la intelectualidad judía; también revela una impensable generosidad y disposición bajo las capas de envidia y rencor de varios testigos más o menos autorizados por su silencio público y ahora desenmascarados a lo largo de las muchas décadas de sobres y sellos.

Sandalías de charol

Y abundan los momentos reveladores (un choque con Faulkner reprochándole que le solicite apoyo a la causa de Ezra Pound); inquietantes (como cuando define a Updike como «pornógrafo antisemita») y a Nabokov como a alguien que «en sus peores momentos parece clavar rosas femeninas en pechos simiescos»); emocionantes (un agradecimiento a Philip Roth por su prosa, que le recuerda el sonido de «un verdadero martillo en un verdadero yunque» en los callejones de su infancia, o una respuesta a John Cheever con un «¿Que si leería tu libro? ¿Aceptaría o no un viaje a Xanadú con Helena de Troya como *valet* particular?»); escalofrantes (cuando el longevo Bellow comienza a sentirse como único superviviente de toda una época); epifánicos (dichos como «el lenguaje es la mansión espiritual de la que nadie puede expulsarte») y «la única cura efectiva es escribir un libro»); y ese último mensaje, el 19 de febrero de 2004, en el que se describe a sí mismo jugando con su hijita de cuatro años y recordando una sandalia de charol que alguna vez, después de mucho deseárselas, le compró su madre cuando era un niño de siete u ocho años. «Es sorprendente ver cómo todo se reduce a un par de sandalias de charol», concluye Bellow.

No sé si es un final feliz; pero sí estoy seguro de que se trata de un final conmovedor.

«¡Por el amor de Dios, abran el universo un poco más!», exclamaba alguien en una de las páginas de su *El diciembre del decano*.

La publicación de estas *Cartas* es –le guste o no a Bellow, esté donde esté– un paso importante y en la dirección correcta para atender ese ruego.

CARTAS SAUL BELLOW Edición de Benjamin Taylor. Traducción de Daniel Gascón. Alfabia. Barcelona, 2011. 720 páginas, 28 euros

★★★★★